

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 20 de Noviembre de 1892.

Núm. 135.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

MARIANO PADILLA, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 15 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Era imposible conciliar el sueño. Hacia más de una hora que había apagado la luz y todo eran vueltas y más vueltas sobre la cama, sin encontrar una posición lo suficiente cómoda para que fuese digna de llamar la atención de Morfeo, dios de la gandería.

Empezaba ya á impacientarme y á ponerme nervioso. Cerraba los ojos y parecía que la habitación, mi cama y todo cuanto me rodeaba giraba á mi alrededor con velocidad pasmosa. Los abría y me asustaba al ver destacarse de la obscuridad en que me encontraba sumido, sombras gigantescas que con miradas amenazadoras parecían exigirme algo.

Había recurrido ya dos ó tres veces á taparme con las sábanas la cabeza, como hacen los chicos cuando tienen miedo. Pero en vano, los fantasmas se me presentaban de todas maneras y yo me encontraba ya presa de horrible vértigo.

Encendí la luz de nuevo para vencerme de que aquello no era realidad y, en efecto, solo encontré sobre la mesilla de noche el «Blanco y Negro» de la última semana abierto por la hoja, en cuyo epigrafe se lee: «MADRID MONUMENTAL». «Lo que dicen las estatuas».

Allí estaba dibujada la de Villanueva y entonces me expliqué lo acaecido; porque dicha estatua había sido uno de los fantasmas que había visto en aquellos momentos tan angustiosos.

Indudablemente mi debilitada imaginación había creído ver en la realidad lo que acababa de leer un momento antes.

Debía tranquilizarme y, así pues, apagué otra vez la luz y me dispuse á dormir tranquilo.

A los pocos minutos, vuelta otra vez á los fantasmas y á los sustos y al desasosiego.

Iba á encender otra vez la luz y á levantarme, cuando me pareció oír una voz cavernosa que anunciaba:

—El Sr. Muñoz, padre de la caridad en la inundación del 79.

En efecto. Abrióse la puerta de mi alcoba y penetró un hombre que no parecía sino la misma estatua de Muñoz puesta en movimiento.

Sus mismos pantalones, cortos y con rodilleras, su misma levita, *cursi*, mal hecha y llena de polvo; en el lado izquierdo de la cual se apercibía, á duras penas, una maltrecha y abollada placa; su mismo cabello, desordenado y lleno de lodo, luenga barba, que aunque me pareció canosa al principio, luego ví que era debido su color al barro seco y blanqueado que sustentaba.

Con paso lento avanzó hasta colocarse cerca de la cabecera de mi cama y después de una respetuosa inclinación de cabeza que yo contesté como pude, oí que me decía:

—Señor K. Nario, ya sé que siempre hace caso al que viene á pedirle un favor y á V. se lo pediré pues no encuentro otro mejor.

Ya sé que no es muy corriente un traje tan indecente para hacer una visita, pero ya sabe la gente que no tengo otra levita.

Aunque no es por culpa mía llega á tanto la agonía que al verme así me devora, que la placa empeñaría por llevar otra una hora.

Quiero que el Ayuntamiento sepa de mi sentimiento la causa, y de mi tristeza. ¿Porqué no manda un momento la brigada de limpieza?

Pues aunque mal hecha y todo ya veríamos el modo de limpiar esta maldita; yo lo que no quiero es lodo encima de la levita.

Nunca por nada decir quise, para no pedir pago de mi caridad; tengo derecho á exigir siquiera curiosidad.

Y ya que no han encontrado un sitio más apropiado donde poner mi memoria, que me tuvieran cuidado aunque no me dieran gloria. Usted no sabe K. Nario los disgustos que á diario

tengo que pasar aquí; todo el que vá de ordinario á Murcia, se ríe de mí. De un poco más de respeto digno es mi nombre, sujeto á miles de beneficios; esto es hacer un completo escarnio de mis servicios.

Y aunque no se me tuviera el honor que mereciera de mi protección el fin, que me llevaran siquiera para adornar un jardín, donde cercado de flores olvidara los dolores que aquí pase noche y día y llegue á lograr, señores, que la gente no se ría.

Por eso vine á buscar su protección singular, para que al oírme así ya que yo no puedo hablar diga V. algo por mí. El tiempo corre veloz y se me acaba la voz. Mándeme V. sin empacho: José María Muñoz en la plaza de Camacho.

Dióme lástima su conmovido acento y prometí hacer saber sus quejas públicamente.

Después... indudablemente me quedaría dormido porque ya no recuerdo más.

* * *

Acabo de levantarme y parece que una fuerza desconocida guía mi pluma sobre el papel.

¿Habrá sido realidad todo esto ó no habrá tenido otro fundamento que una pesadilla?

Indudablemente la estatua fué la que yo ví porque hasta olía mal y todo.

Y lo que es la de la plaza de Camacho me parece que vá á necesitar muy pronto que cubran los nombres de las poblaciones donde derramó beneficios á manos llenas el Sr. Muñoz (q. e. p. d.) con el consabido cartelito:

SE PROHIBE HACER AGUAS BAJO
LA MULTA DE 0'50

No muy caro tampoco, para que el que quiera, dé otra prueba más de gratitud á la inagotable caridad de tan respetable bienhechor.

Cusi va il mondo.

K. NARIO.

